Fauna Guardianes

BRAMOR

Algo ruge en el monte

SARAGUATO NEGRO · Una aventura ilustrada





01

Lo que ruge de noche

Kena todavía vivía en Frontera, junto al mar, el diciembre en que fue a pasar las vacaciones con su abuela Fina, en la sierra de Tenosique. La primera noche despertó con un rugido.

No era un perro ni un toro. Era algo enorme, ronco, que salía del monte y hacía vibrar las láminas del techo. Rugía, se callaba y volvía a rugir.

Kena se tapó con la cobija hasta la cabeza y contó hasta cien. Luego hasta doscientos.

—¿Abuela? —susurró—. ¿Tú lo oyes?

—Desde hace setenta años —contestó la abuela desde su hamaca—. Duérmete. Mañana te lo presento.

En la mañana, la abuela le dio café con leche, un sombrero y una canasta amarrada a la cintura.

—Vamos a pizcar —dijo—. Y de paso conoces al monstruo.

El cafetal de la abuela no estaba al rayo del sol. Crecía a la sombra de árboles altísimos, tan grandes que sus copas se tocaban unas con otras y formaban un techo verde.

Kena arrancaba granos rojos y miraba para arriba, por si acaso.

—Ahí está —dijo la abuela, y le señaló con la boca, como se señala en la sierra.



02

El monstruo

Allá arriba, echado en una rama como en una hamaca, había un mono negro.

Masticaba una hoja. Despacio. Muy despacio. Cuando acabó, estiró el brazo, arrancó otra y empezó de nuevo.

—¿Ese? —dijo Kena—. ¿Ese es el que ruge?

—Ese mismo. Es el saraguato. Se pasa medio día echado —dijo la abuela—. Las hojas dan poca fuerza. Hay que guardarla para lo importante.

—¿Y qué es lo importante?

—Avisar.

Kena se rio tanto que se le cayeron los granos de la canasta.





BRAMOR no entendía de qué se reía la cría de los de abajo. Él estaba trabajando.

Su trabajo era el más importante de la tropa: cada amanecer, antes que nadie, subía a la rama más alta, inflaba la garganta y rugía. El rugido viajaba sobre el monte, sobre las lomas, kilómetros y kilómetros, hasta las otras tropas.

Decía: «Aquí estamos». Y desde lejos le contestaban: «Aquí también».

Así cada quien sabía dónde andaba el otro, y nadie tenía que pelearse por los árboles.



03

Teorías

En el pueblo nadie le creyó a Kena.

—¿Un mono? ¿Con esa voz? —se rio el de la tienda.

—Es un tigre —dijo don Rigo, el del rancho de la ladera, que tenía cara de no dormir—. Uno grande. Me va a comer un becerro.

—Es un camión sin frenos que se oye desde la carretera —dijo un muchacho.

—Es un nahual —dijo doña Chayo, persignándose.

—Es un mono comiendo hojas —repitió Kena.

—Ay, mija —dijo don Rigo—. Lo que no se ve, ruge peor.

Mientras abajo discutían, la tropa descansaba. Era pequeña: BRAMOR, dos hembras, una cría color café que se llamaba Cobre y no se despegaba de su mamá, y Ajaw.

Ajaw era un macho joven que quería mandar en todo el monte. Subía a las ramas más altas para que lo vieran y, cada mañana, intentaba rugir como BRAMOR.

Le salía un gallo.

—¿Eso fue un rugido o un estornudo? —gritaba una chachalaca desde un guarumo.

—Un rugido —decía Ajaw, muy serio.

Y Cobre, desde el lomo de su mamá, estornudaba para burlarse.





04

La brecha

Esa semana llegaron las motosierras.

Don Rigo iba a abrir una brecha para que su camioneta pasara al potrero nuevo, del otro lado de la loma. «Y de paso —dijo—, a ver si así se va la fiera.»

En tres días, una franja de monte quedó en el suelo. Donde antes las copas se tocaban, ahora había un hueco de luz y tierra roja.

La tropa estaba comiendo de un lado cuando cayeron los árboles.

Ajaw estaba del otro. Había cruzado temprano, solo, a comer brotes de un ramón y a presumir.

—¡BRAMOR! —gritó Ajaw desde su lado. Le salió un gallo, pero esta vez nadie se rio.

El hueco era demasiado ancho. Los saraguatos casi no saltan: cruzan de árbol en árbol sin soltarse nunca de algo, con una mano, una pata o la cola. Y para cruzar por el suelo hay que pasar entre perros y camionetas.

Había un solo lugar donde las ramas casi se alcanzaban: el ramón grande de este lado y un guarumo del otro. Casi.

Entre los dos quedaba un hueco del largo de dos saraguatos.





05

Más fuerte que nunca

Esa noche, la tropa rugió de un lado de la brecha y Ajaw contestó del otro. Rugieron toda la noche, y la siguiente, más fuerte que nunca, para que nadie se olvidara de dónde estaba el otro.

En el pueblo nadie durmió.

—¡Ya son dos fieras! —decía doña Chayo.

Kena, en su catre, escuchaba con los ojos abiertos. Los rugidos ya no le daban miedo. Pero sonaban distinto. Uno de aquí, uno de allá. Uno de aquí, uno de allá.

Como si alguien llamara a alguien.

En la mañana, don Rigo pasó por la casa de la abuela, ojeroso, con el sombrero en la mano.

—Ya sé dónde duerme la fiera, doña Fina. En el ramón grande de la orilla de la brecha. Mañana a primera hora viene el de la motosierra y lo tumbo. Sin árbol, se va.

—Rigo, no seas terco —dijo la abuela.

Pero don Rigo ya se iba.

Kena se quedó mirando hacia la brecha. El ramón grande. El único árbol cuyas ramas casi alcanzaban el otro lado.





06

Antes de la motosierra

Kena no durmió. Antes de que cantaran los gallos, se puso las botas de la abuela, que le quedaban grandes, y salió con una linterna.

La abuela salió detrás, amarrándose el rebozo y regañándola en voz baja.

No fueron a la brecha. Fueron al rancho de la ladera.

—¡Don Rigo! —Kena tocó la puerta—. Antes de tumbar el árbol, venga a ver a la fiera. Nomás una vez.

Don Rigo abrió en camiseta, con una taza de café.

—¿A estas horas?

—A estas horas ruge —dijo Kena.

Llegaron a la orilla de la brecha cuando empezaba a clarear. Hacía frío. Don Rigo traía las manos metidas en las bolsas.

Entonces BRAMOR rugió.

Desde abajo se veía todo: el mono negro en la rama más alta del ramón, con la garganta inflada como un globo. Del otro lado, en el guarumo, uno más chico contestaba. Y en medio, el hueco.

Don Rigo se quedó con la boca abierta.

—¿Eso? —dijo—. ¿Eso es lo que no me deja dormir?

—Se le quedó uno del otro lado —dijo Kena—. Lo están llamando.





07

El hueco

Ajaw caminó por la rama del guarumo hasta donde se hacía delgada como un dedo. Se agarró con la cola, se estiró todo lo que pudo... y no alcanzó.

BRAMOR bajó por el ramón hasta la rama más larga, la que colgaba sobre la brecha. Se enroscó la cola en ella, se dejó colgar de cabeza y estiró los brazos hacia el hueco.

Eran dos saraguatos estirados en el aire, cada uno desde su árbol.

Entre sus manos quedaba un palmo.

—Más —dijo BRAMOR.

—No puedo —dijo Ajaw.

—Sí puedes. Ruge.

Ajaw infló la garganta y rugió.

No le salió un gallo. Le salió un rugido largo y ronco que hizo callar hasta a la chachalaca. Y con el rugido, sin pensarlo, se estiró un palmo más.

La mano de BRAMOR se cerró sobre la suya.

BRAMOR jaló. Ajaw soltó el guarumo y por un instante quedó colgando sobre el hueco, agarrado nada más de la mano de BRAMOR. Luego trepó por su brazo, por su lomo, por su cola, como por un puente, hasta llegar al ramón.

Abajo, nadie respiraba.





08

Hoy no se tumba nada

Cuando Ajaw llegó al ramón, Cobre se le echó encima y se le prendió de la cola. Las hembras se le pegaron a los costados. BRAMOR no dijo nada. Le dejó la rama más alta.

Abajo, en la brecha, se oyó un motor. Era el de la motosierra, que llegaba en su moto con la máquina amarrada atrás.

—¿Cuál es el árbol, don Rigo?

Don Rigo no dejaba de mirar para arriba.

—Hoy no se tumba nada —dijo.

—¿Y mañana?

—Mañana tampoco. Si ya están juntos, a lo mejor me dejan dormir.

Esa mañana, por primera vez desde la brecha, la tropa comió junta. Hojas tiernas y frutitos de ramón, despacio, muy despacio.

Ajaw no se fue a la rama más alta a presumir. Se quedó cerca de los demás, sobándose una mano raspada.

—Rugiste —le dijo una de las hembras.

—Ya sé —dijo Ajaw, y le salió un gallo.

Cobre estornudó, por si acaso. Desde el guarumo, la chachalaca abrió el pico para burlarse y lo volvió a cerrar.





09

Cuidar un hueco

Don Rigo dejó que las orillas de la brecha volvieran a crecer. A los pocos días, Marcos, el técnico de la reserva, vino a tender una cuerda gruesa entre el ramón y el guarumo, bien alta, para que nadie tuviera que estirarse tanto. Don Rigo le detuvo la escalera.

—¿Y la fiera? —le preguntaban en la tienda.

—Es un mono comiendo hojas —decía don Rigo—. Más asustado que yo.

Al principio nadie se subía a la cuerda. Olía a hombre y se movía con el viento.

—Yo primero —dijo Ajaw, que ya sabía de huecos.

Cruzó despacio, con las manos, las patas y la cola, sin soltarse nunca. Del otro lado se sentó a comer, como si nada.

Detrás de él cruzó la mamá de Cobre, con Cobre prendido del lomo, y luego la otra hembra.

BRAMOR cruzó al último, con toda la calma del mundo, y arrancó una hoja en cuanto llegó.

Abajo, en la brecha, un hombre de sombrero los vio pasar y se fue a su potrero.





10

Aquí también

La última noche de vacaciones, el rugido volvió a sonar en la oscuridad, enorme, haciendo vibrar el techo.

Kena no se tapó con la cobija. Salió al corredor en pijama, se paró en la orilla, respiró hondo y rugió con todas sus fuerzas.

Le salió un gallo.

Todo se quedó callado un momento. Y luego, a lo lejos, el monte volvió a rugir. Kena estuvo segura de que era para ella.

La abuela se rio tanto en su hamaca que casi se cae.

En la copa del ramón, la tropa entera dormía junta: BRAMOR, las hembras, Ajaw, y Cobre enredado en la cola de Ajaw.

Hasta ahí llegó el ruidito.

—¿Y esa? —preguntó BRAMOR.

—Es la cría de los de abajo —dijo Ajaw—. Está aprendiendo.

BRAMOR infló la garganta y rugió hacia las otras lomas, como siempre:

«Aquí estamos».

Y desde la casa de la abuela, una vocecita repitió, bajito:

«Aquí también».



Lo que sostiene el cuento

En el mundo real

El saraguato negro vive en las selvas del sureste de México, incluida la región de Wanha', y está en peligro de extinción. Su rugido es de los sonidos más fuertes de la selva y se oye a varios kilómetros. Las tropas, de unos seis monos, rugen sobre todo al amanecer para avisar dónde están; así evitan encontrarse y pelear. Comen sobre todo hojas, que dan poca energía, y por eso descansan buena parte del día. Las crías nacen de pelo café y se vuelven negras al crecer. Casi nunca saltan: cruzan de árbol en árbol sin soltarse, y casi no bajan al suelo. Cuando un camino parte la selva, una tropa puede quedar dividida; en algunos lugares se tienden puentes de cuerda para que crucen por arriba.

Lo que inventamos

BRAMOR, Ajaw, Cobre, Kena, su abuela y don Rigo son personajes inventados, y también la brecha y el puente de este cuento. Los saraguatos no conversan y su rugido no dice palabras: lo imaginamos. El cruce de Ajaw sobre el cuerpo de BRAMOR es una escena inventada. Si ves saraguatos, míralos de lejos y en silencio, no les des comida y nunca compres un mono como mascota: cada cría vendida es una cría que alguien arrancó de su tropa.

Tu turno

Esta noche apaga la luz y escucha tres minutos en silencio. ¿Cuántos sonidos distintos oyes? ¿Cuál te habría dado miedo si no supieras qué es? Inventa con tu familia un sonido para decir «aquí estoy» cuando estén lejos, en el parque o en el mercado, y pruébenlo.

Para seguir descubriendo

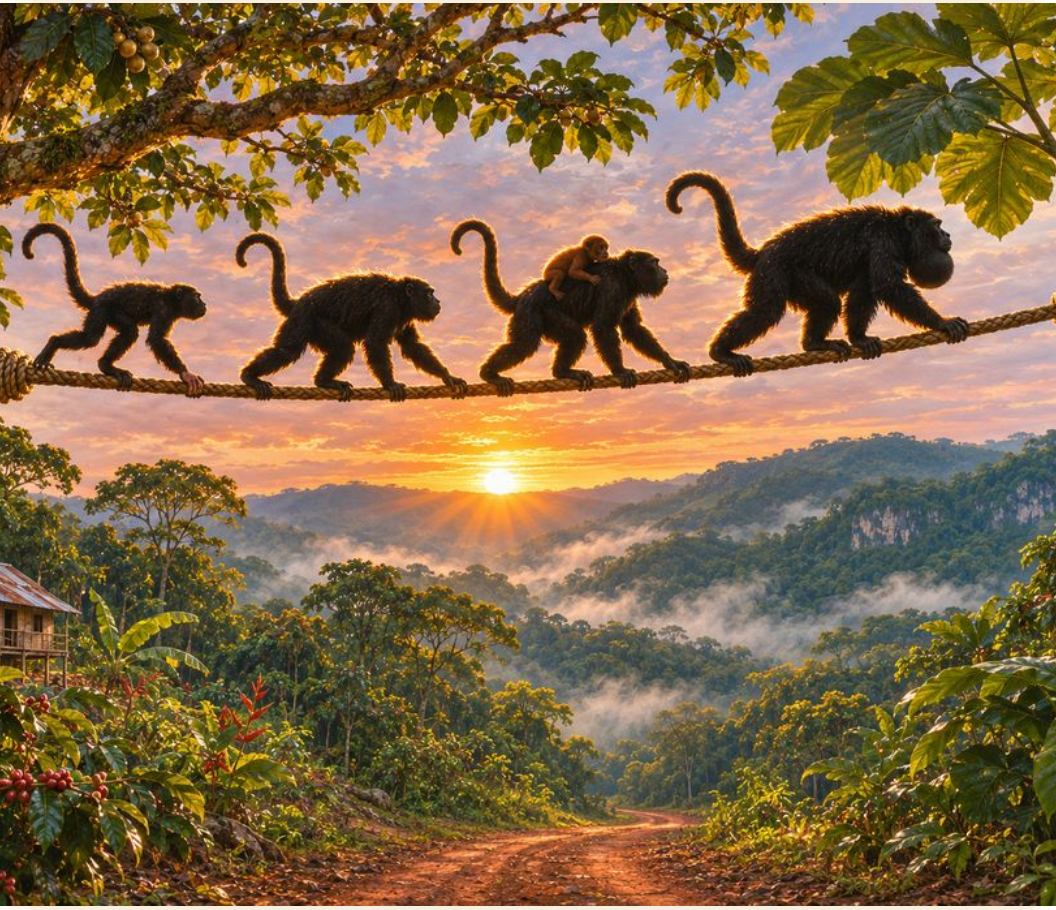
Revista Kuxulkab (UJAT) · «Éramos muchos y parió la mona»: dieta de Alouatta pigra en condiciones de fragmentación en Balancán, Tabasco · https://revistakuxulkab.ujat.mx/kuxulkab/article/view/3208

GBIF · Alouatta pigra Lawrence, 1933 · https://www.gbif.org/species/2436653

Las fuentes respaldan los datos naturales, no las aventuras ni los diálogos de los personajes. Consultadas en noviembre de 2026.

Algo ruge en el monte

La primera noche en la sierra, Kena oye un rugido enorme y se esconde bajo la cobija. De día descubre que el monstruo es un mono negro que come hojas, pero en el pueblo nadie le cree. Cuando una brecha parte la selva, los rugidos crecen y alguien decide tumbar el árbol equivocado.



Jorge Uribe Maza · FAUNA Guardianes

Colección Wanha' · Cuento 4 de 5 · Edición visual V3.0 · Noviembre de 2026

Texto e ilustraciones revisados con asistencia de inteligencia artificial.

BRAMOR, nombre propuesto por Erick Yair Vidal Mandujano; Ajaw, por José Darwin Alejandro Hernández (a partir de su propuesta «Ahau»). Del concurso de nombres de los Guardianes de Wanha'.

betafaunaguardianes.pages.dev